Exmo. Ayto. de Gerena (Sevilla)

VOLVER

Autor: Carmen Velasco Doménech

Accésit en el apartado de Relatos Cortos Adultos 2013

Volver

I

Unas veces me estremezco, otras quiero lanzarme a correr y otras simplemente gritar en busca de ayuda o aliento, pero finalmente… Soy persona de aferrarme. Aunque me muevan, procuro volver a ser el medio inalterable que me rodea y mis sensaciones laberínticas en él.

Ruidos en la lejanía y de repente un silencio inquietante, una luz que me ciega momentáneamente y que desaparece, un sinsabor entre mis labios sedientos que sin más se humedecen, una válvula de escape de todo lo que me rodea y no consigo palpar,… Son mis sentidos. Así percibo las impresiones del exterior.

Me apremia el tiempo, quiero hacer tantas cosas que al final las dejo por acabar. Me gustaría averiguar por la vía más rápida todas aquellas dudas que me aturden y quizás tan sólo necesitaría un oído que las recibiera atento o simplemente que fluyera algún sonido de mi garganta.

Nunca supe exactamente el por qué; ni siquiera estoy segura de cómo he venido hasta aquí. Ni desde cuándo….

Mi mundo es ahora sombrío, apenas se deja filtrar un leve rayo de sol desde esta concavidad que me envuelve. Un halo mágico de inquietantes percepciones que rodea cada uno de los poros de mi piel. Dentro de estas paredes imaginarias nada tiene más valor del que tiene. Los colores son tal y como se muestran; los rojos bien rojos y los blancos enrojecidos. Los demás a su justa medida de matices púrpuras. Es mi color preferido y así he de cromar mis visiones, o quizás es que ahora no conozca otra opción. Me da la sensación de calor, de la temperatura justa que dispone el termostato del que está dotado mi entorno. Creo que alguien lo ideó para que viviera en este lugar, pero la verdad es que no estoy muy segura. Yo nunca fui a una inmobiliaria ni busqué anuncio alguno en ningún periódico. Me lo otorgaron sin previa consulta. No sé si he de lamentarme por parecer una okupa. Por otro lado he de sentirme afortunada, pues cuántos hay por ahí perdidos sin un techo en el cual cobijarse. La vida aquí no me ofrece muchas alternativas. Intento moverme para no ser un parásito más, pero mis miembros casi no me responden y si lo hacen es de forma convulsiva. Necesito tiempo. Los segundos son reflexivos, los minutos determinantes, las horas imprescindibles, y los días toda una auténtica odisea. Otras veces me siento como una emigrante que regresa a su tierra con las maletas nuevas soñando un mundo mejor para todos, teñido más allá del granate de los desprecios.

La banda sonora que cada día escucho es una monótona percusión rítmica que ameniza mi vacío. A veces ésta se acelera y me hace sentir triste y desconcertada, abandonada a mi suerte en el pasillo conocido y tenebroso. Cuando me encamino sola hacia no sé dónde, intento recordarlo acompasado y encuentro la paz interior que muchos envidiarían. A veces me da la impresión de que llego a tocar el cielo sin tener la previa experiencia de hacerlo y me inundo en su belleza oculta. Éste parece robarme la vida y germinar en mí, la imaginación y la inspiración. Otras veces es como si aún no quisiera cubrirme del todo y me regalara de nuevo la propia existencia como medio privilegiado para hacerme experimentar nuevas sensaciones, nuevos comportamientos motores e intentar estimular todos y cada uno de mis sentidos, que reaccionan de diferente forma según quien reine en éste, mi mundo; si la ternura, o el dolor y la desesperación. Cristalizan diversos como queriendo lanzarme mensajes sobre la tónica estresante de la sociedad neurótica a la que pertenezco. Una sinopsis de fábulas y arquetipos flotando en la región más melancólica y a la vez más bonita de mi mente. La mayoría de las veces no me paro a pensarlo, pero ya es mucho el hecho de poder meditar aunque sea sólo desde esta inquietante soledad. Me hace sentirme yo misma: con lo bueno y con lo malo.

No sé cuánto tiempo hace que me mudé a este lugar pero desde esta otra dimensión a veces se me abre una especie de ventana o agujero del tiempo que me ofrece una fusión de imágenes y sonidos entrecortados que me recuerdan al mar, porque es como un batir de olas entre que van y que vienen. ¡Me encantaría tanto volver a quedar presa de sus seducciones¡ A él le imagino seres acuáticos y prodigiosos tan excepcionales que no tienen cabida en la tierra. Sólo me es necesario soñar y soñar más allá de la conformación. Donde hay agua pueden existir todos los seres fantásticos que tu imaginación quiera crear. Y me rodeo de ellos para amenizar mis mañanas y encantar a mis tardes. Ninfas que se dan un baño en el océano de mis estimulaciones.

Ya me he acostumbrado a no poder apenas oler, ni paladear sustancias que no sean solubles. En mi lengua árida, el azúcar no tendría ya su sabor característico. En mi nariz seca, el aroma de una flor no sería notado. He creado un mundo que es tan sólo mío. El de mis pensamientos contagiado del silencio roto por los latidos de la introspección. Me encierro en mí misma pero porque la que tan sólo me acompaña es la soledad. Intento hablar pero ningún vocablo fluye de mi garganta. Apenas móvil mis propiedades físicas y estéticas me dotan de un potencial de esperanzas que me hace sentirme especial.

Hay una voz a la que sí que puedo oír, como si de un monólogo de zumbidos se tratase, con un timbre dulce y aterciopelado. Creo que la reconocería entre un millón de ellas.

_¡Qué digo un millón! Entre todas las habidas.

Es como si fuera parte de mí, como si me robara el alma y yo fuese gustosa de ello.

No entiendo qué me quiere decir pues no llego a descifrarlo, tan sólo es como una vibración, pero cuando la escucho, transcurren diáfanas y plácidas las mañanas. Pero si no es así, noto su soledad enlazada a la mía, prendiéndome un nudo que simula retorcerme pero que no llega a mover ni siquiera un átomo de mi cuerpo.

Hago por gritar para llamar su atención pero es en vano. No sé si pensar seriamente que rozo la locura en esos momentos, hasta que vuelvo a serenarme una vez retornada la voz.

Le supongo un olor único, desprendido de lunas y estrellas. Toda yo gira entorno a sus ecos y lo venero con la fe de que siempre esté conmigo y no me abandone jamás.

Suele venir a menudo y desaparece como la brisa dejando un rastro bienhechor.

II

No sé que ocurre, pero me da la impresión de que a partir de hoy ya nada será igual. Un terremoto asola mi entorno y no puedo dejar de sentir sus sacudidas. Me aturde y me asusta, no sé si quiero abandonarlo, porque ya me he acostumbrado a él. Desde el exterior parecen golpearlo con la fuerza de la sobrenaturalidad. No puedo hacerme la heroína por mucho que quiera. No voy a resistirlo. Me aferro a sus cuatro puntos cardinales pero de repente dejan de existir como si de una desintegración se tratase. Y por primera vez en mucho tiempo estoy plenamente consciente de lo que pasa a mi alrededor. Me siento desprotegida, sin la obnubilación.

_ ¿Cómo reaccionar?

Algo me dice que debo dejarme llevar, es una corazonada. Pero siento miedo. No puedo quitármelo de la cabeza.

_No lo he de pensar más. Allá voy.

III

Los doctores, carpetas en mano, iban sorteando las camas numeradas y separadas por finas cortinas blancas. Mientras que las enfermeras se afanaban entre vendas, alcohol, y betadine,...El silencio quedaba roto por el rodar de los carritos de lo celadores y como no, por las máquinas que acompañaban fieles a cada uno de los enfermos.

Allí en la última estancia a la izquierda de la sala de UCI se la podía ver rodeada de sueros y sondas, con su característico olor a lunas y estrellas, y con aquella mano blanquecina cogida como cada mañana.

De repente:

_ ¡Me ha apretado la mano¡.- exclamó con su timbre dulce y aterciopelado-. Ha sido un ligero movimiento pero juraría que he sentido la leve presión.

En seguida vinieron a cerciorarse un sinfín de batas blancas que la rodearon. Comenzaron a moverle los brazos, los dedos, las piernas, incluso la cabeza. Pero allí ninguna parte de su cuerpo parecía dar ni la más remota de las respuestas.

Triste pero al mismo tiempo ilusionada se le acercó al oído y le susurró las palabras que tantas veces antes le había repetido, pero que no habían podido ser atendidas por su receptora:

_ ¿Recuerdas justo antes del accidente?- dijo tomándole ahora las dos manos- Papá y tú ibais a toda prisa para el hospital tras la llamada de teléfono en la que os informaron que vuestra hija había sufrido un desmayo y estaba inconsciente.

Pues bien, Mamá, ¡ya eres abuela¡

Se llama igual que como se llamaba papá; Manuel.

Le pareció verle temblar el entrecejo y un hilito líquido comenzó a brotarle de aquellos ojos que ya no parecían tan inertes.

Los colores se mostraban radiantes en su diversidad cromática como para hacerle partícipe de todo un espectáculo; la vida. Los azules célicos, los blancos inmaculados, los verdes intensos,…y los rojos, más rojos que nunca.